

PRIMER CURSO INTERNACIONAL POLITICAS PUBLICAS PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE

SANTIAGO DE CHILE, 3 DE NOVIEMBRE AL 1 DE DICIEMBRE DE 2000



Construyendo una Economía Verde
(Bibliografía Clase Economía Ecológica)
Bibliografía Profesor: Rayén Quiroga



CONSTRUYENDO UNA ECONOMIA VERDE

Wayne Ellwood

La economía global va de mal en peor y las viejas soluciones no parecen servir más. ¿Hay alguna mejor forma? Wayne Ellwood reporta.

Más y más estos días tengo el sentimiento de que algo está mal. Es una extraña sensación de intranquilidad, un triste registro de que el mundo está "des-articulado" (out of joint) como Shakeaspeare lo hubiera dicho. Me pasó más recientemente en un viaje a mi tienda local de la esquina en Toronto, un negocio familiar dónde la Signora siempre me saluda con una sonrisa y su esposo siempre deja caer la ceniza de su cigarrillo en el mesón de pago.

Hoy, cuando le pregunto si las frutillas locales han llegado, con una mueca musita " están muy caras. Las frutillas de California son más baratas y duran más". Esto me parece raro pero lo dejo pasar y no me doy cuenta hasta que buscando unos dientes de ajo veo las palabras "producto de China" en un lado. China. Esto me da una pausa: desde donde estoy China queda aproximadamente a 15,000 millas. Estos pequeños, blancos bulbos han sido cosechados, transportados por tierra, empacados y enviados sobre el océano Pacífico, y luego mandados a tres cuartos del territorio norteamericano. En un momento como

este es que el carácter lunático de la economía global se estrella en mí.

Las frutillas de California y el ajo Chino han derribado a los productos locales por una sola razón: son más baratos. Y en términos de efectivo del bolsillo, aquí y ahora, eso es verdad. Los economistas argumentan que los consumidores como yo están maximizando su propio interés al comprar de productores más eficientes (baratos). Esta es la razón por la cual las uvas de Chile llenan los supermercados en Minneapolis y la mantequilla holandesa cuesta la mitad de la mantequilla local en Kenya.

Pero esta palabra "eficiencia" es una espada de doble filo. De hecho, lo que es eficiente en términos de mercado casi siempre provoca daño o es costoso en otro sentido - empleo, cohesión social, ambiente. Esto es así porque el costo real de lograr que esas frutillas californianas mutantes lleguen al desayuno en Montreal y Philadelphia están escondidos. O como dirían los economistas, están "externalizados"

La agricultura industrial moderna está basada en combustibles fósiles no renovables y baratos: para que funcionen los tractores y cosechadores, para producir pesticidas y fertilizantes y para transportar los

productos al mercado. Este subsidio masivo no está contabilizado en el costo final de la comida, como tampoco están los costos ambientales de este enfoque de alta tecnología en la agricultura. El incremento del producto por hectárea en los últimos 50 años ha significado un alto precio: erosión de suelos, disminución de la biodiversidad, contaminación de aguas subterráneas, salinización de suelos, por no decir nada de el dióxido de carbono y otros gases invernadero vertidos a la atmósfera. Y este es un círculo vicioso. Cuando la fertilidad del suelo declina, más fertilizante tiene que ser echado en los campos sólo para mantener rendimientos. En este momento la mitad de los fertilizantes usados en las tierras agrícolas de EEUU son para reemplazar nutrientes perdidos por la erosión de suelo.

Así que ahí tienen alguna evidencia sobre la "eficiencia del mercado". El ecologista y consultor de negocios Paul Hawken argumenta que los mercados son buenos para generar precios pero muy malos para reconocer costos porque estos nos dan la información equivocada. "Siempre que un organismo obtenga mala información, es alguna forma de toxicidad" dice Hawken. "Un herbicida mata porque es una hormona que le dice a la planta que crezca más rápido que su capacidad para absorber nutrientes. Literalmente crece hacia su propia muerte ... Nuestras dosis diarias de toxicidad son los precios en el mercado". La metáfora de Hawken

es apta: la sociedad industrial, también, está cavando su propia tumba.

Esta así porque hay una falla básica, potencialmente letal, en el corazón de la economía basada en el mercado. Los variados y complejos ecosistemas naturales, de los cuales toda vida depende, y en los cuales la economía humana se basa, son tratados como infinitos y gratuitos. Mientras más petróleo saquemos de la tierra, mientras más bosques arrasemos, mientras más tierra cultivemos, mientras más minerales extraigamos de la tierra, más crece la economía, y más ricos nos volvemos. Al menos teóricamente. Excepto que como cualquier economista sabe, tratar el capital como ingreso corriente es un receta para el desastre. Cualquier negocio que opere sobre estas líneas estará pronto en bancarrota. Para que la producción sea sostenible, el capital que se consume (deprecia) debe ser reemplazado mediante la inversión. Sólo lo que queda después de la inversión es lo que se puede llamar ingreso.

Un siglo atrás, esta destrucción del capital natural no era un problema. La tierra parecía infinita y sus sistemas naturales parecían suficientemente resilientes para absorber cualquier basura que pudiéramos tirar en ellos. Esta situación ha cambiado dramáticamente en las últimas cuatro décadas. Desde 1950 el producto económico global ha aumentado desde 3.8 trillones a 18.9 trillones [*ndt: trillones americanos billones nuestros*]

casi un aumento de 5 veces. Hemos consumido más de la riqueza natural del mundo en este breve período de tiempo que en toda la historia de la humanidad.

Y el gran dios del crecimiento continúa su reinado al centro de la política económica. Todos los años en el World Economic Forum en Davos, Suiza; los líderes financieros del mundo, en un espasmo de optimismo miope, se acercan en su búsqueda por un renovado crecimiento económico. Este año Renato Ruggiero, Director General de la nueva Organización Mundial del Comercio, subrayó la necesidad de un "sistema universal de libre comercio" que sería una "fuerza sin precedente para el crecimiento mundial, tanto para los países ricos industrializados como para el mundo en desarrollo".

Lo que es tan deprimente acerca de esta visión es que es ampliamente compartida por la elite en el poder. Hay algunos políticos, sindicalistas o líderes corporativos abogando por algo distinto al crecimiento económico como la clave de la prosperidad y la solución a la pobreza global. Sin embargo existe evidencia irrefutable de que el crecimiento no es la solución sino el centro del problema. Un supuesto central de los economistas tanto de la izquierda como de derecha ha sido que "la capacidad de carga" de la tierra es infinitamente expandible. Una combinación de ingenuidad humana y tecnología avanzada nos permitirá siempre, eventualmente, vivir como

estadounidenses de clase media, si tan solo pudiéramos controlar nuestra impaciencia y mantener a la economía creciendo.

Desafortunadamente, la realidad muestra otra cosa. Es claro que hay límites para el crecimiento, y existe evidencia fuerte de que ya los hemos alcanzado.. De acuerdo con el ecologista William Rees (Universidad de British Columbia): " el consumo total de la economía humana ya excede el ingreso natural, la humanidad está liquidando el capital natural y destruyendo nuestra capacidad real de creación de riqueza. En este marco, los esfuerzos por expandir nuestra sustentabilidad mediante la desregulación y el comercio sólo pueden acelerar el declive global".

Es ahora estimado que 40% de lo que los ecologistas llaman el Producto Primario Neto (NPP) de los ecosistemas naturales es "apropiado" por las actividades humanas. Si el crecimiento económico global continua al ritmo actual y si la población de la tierra se duplica en los próximos 35 años (como ocurriría al ritmo actual), los seres humanos, una especie entre millones, se apropiaría del 80% del NPP para su propio uso. Por supuesto que en un sentido esto es pura especulación. Por la simple razón de que una combinación de daño ambiental y colapso social casi seguramente ocurrirán antes de alcanzar ese punto.

El economista iconoclasta Herman Daly argumenta que nos hemos trasladado de un "mundo vacío" a un mundo "lleno" en lo que respecta a un vistazo histórico. Pero es políticamente conveniente, dice Daly, no admitir el problema de la capacidad de carga porque esto implicaría un límite al crecimiento. Y si el crecimiento tiene un límite, la pobreza debe ser tratada, ya sea por redistribución o por disminución de población, que son ambos tabú.

En su trabajo pionero de lo que él llama "Un mapa ecológico", William Rees estima que cuatro a seis hectáreas de tierra son necesarias para mantener el consumo de una persona promedio de Occidente. Sin embargo en 1990 el total de tierra agrícola productiva disponible en el mundo fue estimada en 1.7 hectáreas por persona. La diferencia es llamada por Rees como "capacidad de carga apropiada". Holanda, por ejemplo, consume el producto de una masa de tierra 14 veces su propio territorio. La mayoría de los países del Norte y muchas regiones urbanas en el Sur ya consumen más de su justa porción, dependiendo del comercio de capital natural para su supervivencia. Estas regiones, dice Rees, "tienen un déficit ecológico no contabilizado, sus poblaciones se apropian de la capacidad de carga de otro sitio o de la de futuras generaciones". Hay otros nombres para estos procesos, siendo imperialismo el más obvio.

No tenemos que buscar muy lejos por pruebas de que la economía centrada en el crecimiento está presionando las capacidades regenerativas de la tierra hasta el límite. La preocupación no es la que publicó el informe del Club de Roma " Los límites al crecimiento" hace 20 años. No hay una carestía inmediata de recursos básicos no renovables. Incluso a los actuales niveles de consumo hay suficiente cobre, hierro y combustibles fósiles para que duren por siglos. Más importante es la preocupación por los sistemas de sostenimiento de vida que tomamos por dados-garantizados: el ciclo de agua, la composición de la atmósfera, las estaciones que cambian, la asimilación de basura y el reciclaje de nutrientes, la polinización de los cultivos, el delicado rejuego de las especies- que en todas partes están en el vértice de la desintegración.

Hay ahora un gran e impecable cuerpo de investigaciones que documentan el fuerte declive. Los desiertos se expanden, los bosques se están cortando, los suelos fértiles se arruinan por la erosión y la salinización, las pesquerías se extinguen y las reservas de aguas subterráneas se secan.

Los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera producidos por nuestra quema extravagante de combustibles fósiles sigue aumentando. Como promedio depositamos 5.6 libras de carbón puro en la atmósfera con cada galón de gasolina que quemamos- algo

así como 6 mil millones de toneladas (nuestras) al año en total. Y esto no incluye el estimado de una a dos toneladas que se liberan en la atmósfera cada año por la quema de bosques y pastizales. En septiembre de 1995 el Panel Intergubernamental en Cambio Climático, un grupo selecto de casi 2,500 científicos climáticos, establecieron que el cambio climático es imparable y que generará "amplias dislocaciones económicas, sociales y ambientales en el próximo siglo". Mientras tanto, los oceanógrafos que examinan los sedimentos en océanos profundos han confirmado que cambios rápidos e impredecibles en el clima pueden ocurrir en el corto lapso de 3 o 4 décadas.

Así que parece que la producción de bienes y servicios en la economía humana no puede ser desligada fácilmente de la realidad biofísica. Sin embargo el poderoso mito de que a mayor producción y consumo mayor el progreso continúa firmemente estables. Pero "progreso" medido en esta forma es algo relativo y estrechamente economista. Al principio de la revolución industrial en Gran Bretaña, el poeta Oliver Goldsmith hizo una observación en verso que podría fácilmente aplicarse hoy: " Ill fares the land, to hast'ning ills a prey, Where wealth accumulates and men decay".

Tenemos crecimiento que nos empobrece en vez de enriquecernos. La dominación de la perspectiva

corporativo y una adición al "mínimo piso" como la meta definitoria de la sociedad humana ha envilecido el concepto de comunidad y ha pervertido la noción de bienes públicos. Así en la vida moderna el propósito central de la vida es comprar, el propósito de la familia es generar futuros trabajadores y consumidores, el propósito de las escuelas es enseñar herramientas laborales mercables, el propósito del gobierno es incrementar los negocios, y el propósito del tercer mundo es proveer trabajo barato, materias primas y nuevos mercados.

En vez de una economía al servicio de la comunidad tenemos lo inverso. En su acepción original griega, economía (oikonomia) significa "la buena administración de la casa" y es esta más amplia y humanitaria visión la que ha desaparecido. La "verdadera economía" escribe Dasly, "estudia a las comunidades como un todo y localiza las actividades de mercado en ella" en la búsqueda "del bienestar de toda la comunidad en el largo plazo".

Nuestra economía moderna no es capaz de generar suficientes trabajos ni de mejorar los estándares de vida de la mayoría. La evidencia, que está ahí para los que quieran verla, es inequívoca. La brecha entre ricos y pobres se está expandiendo nación tras nación. Los salarios reales están disminuyendo y el crecimiento de los puestos de trabajo languidece. Hay ahora más de 30 millones de personas desempleadas en occidente sin que se

noten señales de los prometidos rebrotes de oportunidades laborales. Los economistas tradicionales dicen que esta es una transformación hacia la nueva era de la información (lo que algunos han llamado la destrucción creativa del mercado laboral).

La verdad es que las corporaciones están en el negocio de disminuir puestos, no crear nuevos. Por ejemplo, recientemente AT&T anunció un corte de 40,000 trabajadores en los próximos 3 años (las acciones aumentaron \$2.62 c/u inmediatamente en la Bolsa de NY)-. Otros datos muestran que las top 500 compañías en los EEUU disminuyeron su fuerza laboral en 4.4 millones entre 1980 y 1993 ; en el momento en que los activos corporativos más que se duplicaron y los salarios corporativos de sus ejecutivos se incrementaron en más de 6 veces.

En el tercer mundo, el empleo en el sector moderno continúa creciendo en algunos enclaves aislados. Las fábricas chinas e indonesias producen una corriente sin fin de zapatillas Nike y muñecas Barbie utilizando trabajadores no sindicalizados, frecuentemente mujeres, que trabajan 50 horas a la semana por unos cuantos dólares al día. En México, en el laboratorio para la globalización económica, todo ha sido hacia abajo desde que el NAFTA se firmó hace tres años. Más de dos millones de mexicanos perdieron su trabajo tras la devaluación del peso de 1994 y otros

dos millones de campesinos han perdido sus tierras desde NAFTA.

Mientras tanto, las "callampas" urbanas en el tercer mundo proliferan, el número total de pobres aumenta y el estandard de vida global disminuye. De acuerdo a la OMS, un quinto de la población mundial (6 mil millones) vive en extrema pobreza, casi un tercio de los niños están desnutridos y la mitad de la población mundial no tiene acceso a medicinas básicas.

La economía global no es un desastre total, por supuesto. Está trabajando perfectamente para ciertas personas. Como para los 358 billonarios del mundo cuya riqueza combinada ahora excede la de los 2.5 millones de personas más pobres del mundo. Y la revista Forbes nos dice que el número de multimillonarios no japoneses asiáticos se habrá duplicado a 800,000 este año. El mismo artículo no menciona que 675 millones de asiáticos continuarán viviendo en pobreza absoluta.

La economía ortodoxa y sus siervos no tienen muchas respuestas para todo esto. Como el crítico social canadiense John Ralston Saul nota: " SI los economistas fuesen doctores, estarían enterrados en demandas por mala práctica". Tiene razón por supuesto. Los consejos de los economistas han sido tratados como evangelio cuando debería haber sido desechados como argumentos auto-referidos/servidos.

Así que la prescripción estándar de libre mercado para la salud económica: mercados desregulados, menores impuestos a los ricos, privatización y disminución del gasto público, es simplemente más de los mismo. Es un poco como reacondicionar las sillas de cubierta en el Titanic. En vez de estos dogmas rígidos necesitamos una visión de la economía que pone a las personas en el centro de la economía y subsume la economía al interés del bien público.

No quiero ser ingenuo con esto, no va a ser un paseo por el parque. Aquellos que se benefician del estado actual de cosas no cederán el poder voluntariamente. Por suerte, hay cientos de organizaciones y millones de personas en el planeta que comparten mi profundo sentimiento de intranquilidad acerca de la dirección en que vamos. Y muchos de ellos están trabajando para sembrar el cambio, para desarrollar una estrategia práctica y realista para forjar una nueva economía.

Incluso existe una nueva disciplina llamada "economía ecológica", que intenta enfrentar a la economía mainstream centrada en el crecimiento desde la academia.

The new Internationalist
27 april 1996